

WILSON CANO*

AGENDA PARA UN NUEVO PROYECTO NACIONAL DE DESARROLLO**

LA CUESTIÓN CENTRAL de este trabajo deriva de la comprensión de los principales cambios de la economía política internacional a partir de fines de 1979, como resultado del cambio en la política fiscal estadounidense y la subsecuente restauración del dólar como equivalente general de la economía mundial. Desde ahí, Estados Unidos retomó su hegemonía, y sobre todo instauró el mayor poder *imperial* en el sistema capitalista de producción¹.

* Profesor titular del Instituto de Economía de la UNICAMP, Brasil.

** Desde 1990 el autor ha elaborado y organizado algunas ideas sobre este tema, que ahora se presentan en forma más completa y actualizada. El primer escrito surgió en 1990 en la UNICAMP y fue publicado en 1992 con el título "Uma alternativa não neoliberal para a economia", en el libro *São Paulo no limiar do século XXI*, editado por el autor. El segundo apareció en 1995, ampliado y revisado, en el libro de su autoría *Reflexões sobre o Brasil e a nova (des)ordem internacional*; y un tercero, muy resumido, se publicó en el año 2000 en la revista *Teoria e Debate*. La versión presente ha sido actualizada y revisada.

¹ Los principales hechos y sus mayores efectos fueron, entre otros: la quiebra financiera de los países más endeudados, entre ellos algunos socialistas, debido a la brutal elevación de la tasa de interés y el corte de los financiamientos externos a la periferia mundial; el anuncio del proyecto "Guerra de las Galaxias" en 1983, que amenazaba militarmente la ya

Recordemos que en la década del ochenta los países subdesarrollados sufrieron los perniciosos efectos de la llamada “crisis de la deuda”, que agravó la crisis fiscal y financiera del Estado nacional, debilitó enormemente el crecimiento económico y amplió en forma estructural el déficit financiero de la balanza de pagos. En la década del noventa el recetario neoliberal impuso la sumisión consentida al Nuevo Orden, representado por los preceptos contenidos en el llamado Consenso de Washington, con lo que dichos países abdicaron de su soberanía nacional en el diseño, ejecución y manejo de sus políticas económicas².

Este esfuerzo de reflexión tiene también como objetivos desmitificar el discurso de la derecha, que reitera la *inexistencia de alternativas posibles a ese modelo neoliberal*, y que la *izquierda no tiene proyecto*. No ignoro las dificultades para convencer a la opinión pública tanto de la alternativa propuesta como de las formas de realizarla, dados los grandes obstáculos políticos y económicos (internos y externos) que la propuesta implica. Por otro lado, aun cuando pueda ser considerada como una *utopía*, quiero con ella ampliar el espacio de discusión del problema y de otras alternativas, o de eventuales reformulaciones de esta propuesta.

CONTENIDO Y DINÁMICA DEL ACTUAL MODELO

El recetario neoliberal apunta a dos órdenes de cuestiones: el financiero y el productivo. El primero deriva de la crisis financiera internacional, que hizo explícita la supremacía del capital financiero sobre las demás formas de capital, imponiendo el quiebre de la soberanía nacional de nuestros países para liberar su movimiento internacional en la búsqueda incesante de valorización. El segundo es resultado de la reestructuración productiva y comercial hecha por las grandes empresas transnacionales (ET) en sus bases ubicadas en los países desarrollados, que durante la década del noventa también exigiría reestructuraciones similares en sus bases de los países subdesarrollados. De estos dos órdenes derivaron los objetivos para imponer a nuestros países un conjunto de reformas institucionales liberales.

Este cuadro de reformas fue completado por políticas de estabilización que tuvieron como *lastre* una elevada valorización de la moneda

debilitada capacidad de respuesta de la URSS; el desastre político y económico de la *perestroika* a partir de 1985-1986; la caída del Muro de Berlín en 1989 y sus secuelas; el elevado costo de la reunificación alemana y la desintegración de la URSS y de la comunidad de los países socialistas a partir de 1991; la desvalorización del dólar y la subsecuente valorización del yen. En resumen, EE.UU. liquidó a la URSS y las anteriores pretensiones de Japón y Alemania de convertirse en el poder hegemónico en el capitalismo.

2 Un análisis de esos procesos puede verse en Fiori (1999).

nacional frente al dólar³ y un crecimiento ciclópeo de la deuda pública interna, potenciada además por elevados intereses reales. La valorización provocó una gran disminución de los costos de los bienes importados y un debilitamiento de las exportaciones, generando grandes déficits comerciales y de servicios, además de su papel en las políticas antiinflacionarias. Por ejemplo, en Brasil, entre 1989 y 2001 el PIB creció un 26,4%, las importaciones crecieron el 203% y las exportaciones apenas el 69%. El cambio barato y desregulado amplió también el gasto en turismo, las compras de inmuebles en el exterior y las crecientes remesas no controladas, muchas de procedencia dudosa.

El conjunto de las políticas de estabilización y las reformas implantadas constituye un todo articulado para permitir la funcionalidad del modelo, y presenta las siguientes características.

- Una amplia libertad para el capital financiero (extranjero o nacional), que en los diferentes países se apropiará de elevadas ganancias de toda índole, posibilitadas por la libertad de su aplicación sectorial y regional, por el bajo valor de los activos públicos y privados adquiridos, por la especulación bursátil, por las tarifas públicas privilegiadas que ampliaron el lucro operativo y por la libertad de remisión de ganancias e intereses. La “justificación” fue que de esa manera el capital extranjero no sólo financiaría nuestro “pasajero” desequilibrio sino también la reanudación de nuestro desarrollo.
- Las reformas de los sistemas financieros nacionales, que fueron necesarias para compatibilizar la velocidad exigida por los nuevos flujos externos y por la diversificación que se operaría entonces en los mercados financieros.
- La apertura comercial y de servicios, por la vía de fuertes rebajas arancelarias y no arancelarias y por la valorización cambiaria, que sancionaron las cascadas de importaciones y gastos internacionales y contribuyeron a debilitar todavía más el capital nacional, mostrando al desnudo nuestra incapacidad para competir en igualdad con el capital internacional.
- La flexibilización de las relaciones trabajo-capital, para reducir aún más el costo ya bajo del trabajo, adecuar los contratos al nuevo *tiempo* de la tecnología y además sacudir las estructuras sindicales.
- Las reformas de los sistemas de previsión social, para abrir otro importante flanco de mercado al capital financiero y más espacio en el presupuesto público para los intereses de las deudas públicas internas y externas.

3 La valorización fue de cerca del 40% entre 1989 y 1994, o del 34% entre 1993 y 1994.

- La necesidad, para lograr todo lo mencionado anteriormente, de reformar el Estado nacional desmantelando sus estructuras, lo cual se hizo con la connivencia de nuestras elites, reduciendo el tamaño y la acción del Estado por vía de la eliminación de órganos públicos, despidos y reducción de los salarios reales de los funcionarios, privatización de activos públicos, desmantelamiento de los sistemas de planeación y regulación.

Ya disponemos de datos e informaciones suficientes para entender que los modelos neoliberales impuestos a América Latina desde fines de la década del ochenta han tenido por resultado un considerable empeoramiento de nuestras condiciones económicas, políticas y sociales, ya deterioradas en la década anterior⁴.

Una parte sustancial de los ingresos por inversión extranjera directa (IED) fue asignada a empresas de obras públicas y privadas nacionales, predominantemente en el área de servicios (distribución de energía, telecomunicaciones, finanzas, etc.). De esa forma, por un lado, esas empresas empezaron a remitir ganancias hacia el exterior y, por el otro, como la mayor parte de ellas no genera divisas, resultaron consumidoras netas de dólares. Sus nuevos titulares tienen mejor acceso al financiamiento externo, con lo que se amplió no sólo la deuda externa privada, sino también las remesas de intereses. Privatizaciones, desnacionalización, desmantelamiento de empresas prestadoras de servicios y su liberalización ampliaron los gastos internacionales con servicios de transporte, financieros, de ingeniería, consultoría, etcétera.

Así, al hueco de la cuenta de comercio de bienes se suma el de la cuenta de servicios, aumentando en forma aterradora las necesidades de financiamiento externo. Atendidas con crecientes entradas de capital de todo tipo, estas causan un nuevo aumento de la deuda externa y de la cuenta de intereses. A su vez, los pagos mayores de intereses y amortizaciones en aumento exigen nuevos (crecientes y constantes) financiamientos externos para tapar, además de aquellos dos agujeros (el llamado déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos), el del lado financiero de la balanza de pagos. En resumen, de 1995 a 2002 el déficit en la cuenta corriente de Brasil acumuló el fantástico volumen de 199 mil millones de dólares, mientras que nuestra deuda externa saltó de 150 mil millones de dólares a 235 mil, y nuestro pasivo externo alcanza hoy cerca de 400 mil millones de dólares.

Para absorber la liquidez generada por la “cascada de dólares” fue necesario un aumento inmenso de la deuda pública. Así, los inte-

⁴ Ver en Cano (2000) el análisis macroeconómico de los siete principales países latinoamericanos, donde los datos macroeconómicos hacen explícitos sus movimientos de *auge, bajo crecimiento* y después *la crisis*.

reses pagados por el gobierno ya alcanzan entre el 8 y 10% del PIB. Esas (malas) bases macroeconómicas debilitan también el sistema de crédito interno al sector privado, hoy comprimido en apenas alrededor del 25% del PIB.

Así, las restricciones externas e internas al crecimiento aumentan cada vez más, inhibiendo doblemente la inversión: la pública, porque el gobierno no tiene recursos para realizarla; la privada, tanto por la elevada tasa de interés como por el aumento de la incertidumbre y por el bajo crecimiento del PIB. Es preciso recordar además que la creciente contaminación de los intereses en el presupuesto público conduce a nuevos y crecientes cortes del gasto corriente, principalmente en los gastos sociales.

Los efectos líquidos de ese conjunto hacen que el crecimiento promedio del PIB en América Latina y en Brasil sea muy bajo. Entre 1988 y 2002, para la mayor parte de nuestros países el crecimiento fue alto (>5%) solamente por cuatro o cinco años; en otros tantos fue bajo (>3% <5%) o débil o negativo⁵. Esto se debe a que la dinámica de alto crecimiento genera un aumento más que proporcional de los gastos externos y de las cuentas públicas, llevando a una situación de crisis cambiaria abierta o latente que obliga a poner un freno al crecimiento para “reequilibrar” las cuentas externas. Por esa razón, entre 1989 y 2002 la tasa promedio de crecimiento en los seis principales países de América Latina (excepto Chile) se colocó en 1,6% en Argentina; 2% en Brasil; 2,6% en Colombia; 3,1% en México y Perú; y 1,6% en Venezuela. Es decir, tasas tan malas como las de la década anterior.

Pero un crecimiento mayor, por las razones ya citadas, trae aumento de las deudas, deprimiendo asimismo las cuentas públicas; el crecimiento bajo o negativo debilita los ingresos fiscales, deprimiéndolos también. Es por ello que, a pesar de que en el período reciente nuestra carga tributaria ha crecido del 26 al 34%, la penuria fiscal no se resuelve, porque prácticamente todo el aumento del ingreso (8%) es absorbido por los intereses. Y hay que recordar además que los males que afectan al gobierno central acaban por contaminar también a los gobiernos estatales y municipales, transmitiéndoles los efectos estructurales y recurrentes de la crisis.

No es preciso insistir en los males sociales que derivan de esa dinámica: aumento del desempleo, caída de los salarios reales, recorte de los gastos sociales y aumento de la violencia, hoy presentes en casi todos nuestros países y ciudades. Agréguese el deterioro o abandono

⁵ La excepción a ese desempeño es Chile, que tuvo tasas altas durante ocho años, medias en tres y bajas en otros tres. Su tasa media durante el período fue de 4,6%. Discuto la especificidad chilena en Cano (2000).

de las políticas de desarrollo regional y el desencadenamiento de una *guerra fiscal* entre los entes públicos subnacionales⁶.

Así, es inherente a la dinámica de dicho modelo la corrosión (y no el equilibrio) de los llamados cimientos de la economía, lo que fatalmente conduce a un desastre cambiario y financiero. La conocida ruta argentina.

¿REFORMAS PARCIALES O RUPTURA CON EL MODELO?

Mis investigaciones y reflexiones me llevan a comprender que no se puede pensar en alteraciones o reformas parciales del modelo. Por ejemplo, si solamente bajamos mucho los intereses para hacerlos compatibles con el cálculo empresarial, el flujo de capital externo disminuye o desaparece, causando la implosión del modelo; si aumentamos los gastos sociales (y la inversión pública), es el presupuesto el que explota, ante el enorme peso de los intereses; los estímulos a las exportaciones tropiezan con obstáculos tanto externos (el descartado proteccionismo de los países desarrollados, caídas de los precios, etc.) como internos (el problema del financiamiento, de la carga tributaria indirecta, etc.). Si pretendemos contener las importaciones, nos enfrentamos con acuerdos internacionales y con la desestructuración causada en parte de nuestras cadenas productivas.

De esta forma, entendemos que el modelo actual debe ser sustituido, instaurando una transición hacia la alternativa que propongo más adelante, con uso de la soberanía nacional en el manejo de una política de crecimiento más alto y duradero del ingreso y del empleo, con distribución del ingreso y justicia social, con la oferta y la demanda volcadas principalmente (no exclusivamente) hacia el mercado interno. Nuestra vulnerabilidad externa agrega a nuestra propuesta rumbos de crecimiento ahorradores y generadores de divisas, pero lejos de cualquier sentido de *autarquía económica* o de un *regreso al proteccionismo frívolo*.

RESTRICCIONES EXTERNAS

El modelo actual amplió en gran medida nuestra vulnerabilidad externa, y dificulta la formulación y ejecución de un nuevo proyecto nacional de desarrollo económico y social, por las siguientes razones.

- *La deuda externa* se duplicó, presionando aún más nuestra balanza de pagos y exigiendo constante renegociación y ampliación del financiamiento externo.

⁶ Sobre este tema ver Cano (2002) y Prado y Cavalcanti (2000).

- *La tríada* nos impuso sus políticas multilaterales, reduciendo nuestra capacidad externa de negociación bilateral. La adhesión de Brasil a la Ronda Uruguay y a la OMC comprometió todavía más la economía nacional y nuestra soberanía.
- Las nuevas *empresas transnacionales* practicaron la mayor reconcentración privada de capital, ampliando extraordinariamente sus poderes monopólicos de mercado, financieros, tecnológicos y de decisión para la inversión interna.
- Las *transformaciones tecnológicas* nos causan, entre otros, los siguientes problemas:
 - sustitución del trabajo (principalmente el menos calificado) –factor abundante en los países subdesarrollados– y duplicación del desempleo estructural;
 - sustitución de insumos y productos tradicionales (acero común, cobre, plomo, azúcar de caña, etc.) por otros nuevos, producidos por las nuevas tecnologías, sobre todo en los países desarrollados;
 - *desplazamiento a la categoría de chatarra* de equipos e instalaciones relativamente nuevos, pero estructurados en el antiguo patrón tecnológico;
 - necesidad de grandes inversiones en infraestructura adecuada a las nuevas tecnologías;
 - incertidumbre sobre el futuro de parte de nuestra *agricultura* frente a la moderna biotecnología que podría eliminar algunas de nuestras ventajas actuales;
 - transferencia de los países desarrollados hacia los subdesarrollados de parte de la producción de bienes causantes de graves daños ecológicos o que requieren alto consumo de energía, como acero, aluminio, celulosa, etcétera;
 - las privatizaciones y quiebras de los monopolios públicos encogieron aún más al Estado, reduciendo su inversión y haciéndole perder incluso la capacidad de conducir, con las empresas estatales, las principales políticas sectoriales y regionales;
 - el predominio de las decisiones de las ET dirige el progreso técnico hacia segmentos que son más compatibles con la distribución regresiva del ingreso o que la acentúan.

LIMITACIONES INTERNAS

Por otro lado, la acumulación de los efectos perversos de la crisis de la década del ochenta con los del período actual amplió también los factores internos que tienden a inhibir el crecimiento, dando lugar a las siguientes cuestiones.

- Nuestro viejo conocido, el *problema de la estabilización*, no está en absoluto solucionado, dado que, al contrario de lo que pregonan los economistas oficiales, algunos de los cimientos macroeconómicos son fuertemente inestables, como el cambio, los intereses y la ciclópea deuda pública interna.
- Un profundo *deterioro del Estado*, debido a su fragilidad fiscal y financiera, su ineficiencia administrativa, la corrosión de su capacidad de planeación y la urgente necesidad de readecuación cualitativa del funcionariado público.
- Las privatizaciones y concesiones de servicios públicos no fueron capaces de anular los efectos negativos generados por 23 años de reducción de la inversión pública, deteriorando muchos de los servicios públicos básicos y la propia infraestructura, como en energía, transportes y saneamiento básico.
- La necesidad urgente de diagnosticar a las empresas estatales que quedan, para readecuarlas a los nuevos propósitos del crecimiento.
- El atraso tecnológico relativo de varios sectores productivos.
- La debilidad del sistema nacional de financiamiento a largo plazo.
- La ausencia de capacidad y voluntad política de las elites para formular un nuevo proyecto nacional de desarrollo. En gran parte, estas se convirtieron en rentistas de la deuda pública, beneficiándose además con las facilidades derivadas de la libre entrada y salida de capital.

Considerando los años de retraso en lo que respecta a la reestructuración tecnológica y el tiempo necesario para asignar recursos e inversiones y recuperar lo que se dejó de hacer, no es difícil estimar que nuestro “atraso” rumbo a la Tercera Revolución Industrial asciende ya a un período de alrededor de cuarenta años.

CUESTIONES BÁSICAS PARA FORMULAR EL NUEVO MODELO

A ese atraso *técnico* y *material* es preciso sumar el atraso *cultural* y *social*, que creció durante ese período. Así, estas reflexiones me llevan a pensar en objetivos básicos a mediano plazo de esta propuesta: altas y persistentes tasas de crecimiento del ingreso y del empleo; implantación de una política científica, tecnológica y cultural con mayor autonomía; distribución social de ingreso y activos; y conservación ambiental responsable.

En primer término, es necesario profundizar el diagnóstico macroeconómico y social y estudiar las perspectivas internacionales, a fin de implantar una política de transición que reduzca, a corto plazo, algunos de los efectos más perversos del modelo actual y que afirme los parámetros para conducirnos al nuevo propósito. Esta alternativa, que

es democrática y progresista en comparación con el actual *fascismo de mercado*, requiere tener clara conciencia de los problemas a enfrentar y explicar con claridad a la opinión pública sus dificultades y efectos.

Esas cuestiones nos llevan a entender que:

- existe una necesidad inobjetable e impostergable de romper con el modelo actual, sustituyéndolo por la alternativa que aquí se propone;
- será indispensable *reestructurar las deudas interna y externa* para desahogar la crítica situación de nuestras finanzas públicas y de la balanza de pagos;
- será imprescindible instaurar el *control de cambio y de los flujos de capitales desde y hacia el exterior*, y eliminar cualquier veleidad de conversión de nuestra moneda;
- es necesaria una profunda reestructuración de los mecanismos de protección arancelaria y no arancelaria, así como rever y eventualmente renegociar algunos de nuestros actuales acuerdos y obligaciones internacionales;
- deben denunciarse los previsibles efectos que se derivarían de la eventual creación del ALCA y de la propuesta de un acuerdo multilateral de inversiones, que agravaría la actual sumisión del país y del continente a EE.UU.;
- es preciso reformular cuidadosamente las directivas actuales que rigen nuestras instituciones financieras (BC, BNDES, BB, CEF y demás bancos públicos), a fin de poder crear un nuevo sistema financiero público para la asignación de crédito, especialmente a mediano y largo plazo;
- urge hacer una revisión profunda de las condiciones vigentes hoy en las instituciones financieras privadas, para contener la especulación financiera y asignar crédito de acuerdo con prioridades que deberán establecerse;
- dada la grave restricción interna (pública) y externa de recursos, que podría empeorar después de la ruptura, las opciones deberán buscar, al comienzo, la *utilización de la capacidad ociosa de la economía*, minimizando y priorizando las necesidades de inversiones líquidas, en especial las que requieran elevados recursos externos;
- para la transición, es indispensable la implantación de una *política de abastecimiento de emergencia* y, después, una *política de seguridad alimenticia*;
- será imposible hacer realidad estas propuestas si no se procede a una completa y urgente reformulación de los aparatos de Estado

relacionados con la implantación de las opciones y el acompañamiento de su ejecución.

Es necesario advertir que los propósitos expresados anteriormente pueden desencadenar conflictos con agentes externos (EE.UU., FMI, BIRD, OMC, banca internacional y otros) e internos (elites, partidos políticos, parte de los empresarios, sistema financiero, algunos sindicatos, etc.), lo que necesariamente implica la previa construcción de un nuevo y difícil pacto de poder político. Ese pacto tendrá que pasar por negociaciones entre *partidos, clase trabajadora, empresariado, regiones y sectores*, para lo que se requiere una preparación política exacta y atinada. De lo contrario, es difícil imaginar opciones dentro de los límites de la democracia.

UNA ALTERNATIVA NO NEOLIBERAL

Frente a las fuertes limitaciones internas y externas descritas, la gravedad de la crisis que vivimos hoy y la pluralidad de las reivindicaciones de los diversos temas/sectores/regiones, sería imposible para un país como el nuestro optar por un único y determinado vector de crecimiento, sea el conocido como “*drive exportador*” o el “mercado interno de masas”.

Por un lado, la opción interna exclusiva afectaría fuertemente la capacidad de gasto público de los próximos veinte años por los recursos que requeriría, considerando la gran cantidad de inversiones públicas y privadas que no se realizaron en los últimos años. Ese vector, por otra parte, no evitaría el crecimiento de las importaciones de equipos e insumos, que podrían chocar con las limitaciones externas ya señaladas.

Por otro lado, dadas las condiciones actuales de la economía mundial, sería imposible obtener el crecimiento de las exportaciones necesario para hacer frente a la creciente demanda de importaciones, más aún si consideramos que el 45% de las actuales corresponden a productos primarios y semi-manufacturados, de bajo valor agregado y demanda internacional de crecimiento lento. El otro 55% corresponde a productos manufacturados, pero pocos de ellos tienen alto valor agregado o una demanda externa capaz de alto crecimiento.

Sería preciso contar con producción de alta calidad, especializada y en gran cantidad, para poder transformar nuestras exportaciones en la variable determinante del ingreso y el empleo. A no ser que se seleccionen sectores determinados menos demandantes de importaciones (o altamente generadores de exportaciones), será muy difícil diversificar y dinamizar nuestras exportaciones.

Del mismo modo, no es complicado deducir que cualquiera de los dos vectores nos plantea problemas serios de financiamiento interno y externo, y eventualmente de inflación y balanza de pagos. Y no olvidemos que el crecimiento posible con cualquiera de ellos –aislada-

mente– es pequeño e insuficiente para resolver el problema del empleo, no digamos nuestra crisis social.

Por ello, es necesario definir una estrategia que no coloque excesivo peso sobre un sector aislado, sino que, por el contrario, utilice “de todo un poco”. Debería contemplar varios sectores al mismo tiempo, dando prioridad a la actualización tecnológica de algunos de sus segmentos y escalonando en el tiempo la utilización de los recursos más escasos (cambio y finanzas públicas). Sin embargo, aun una combinación “óptima” de sectores/tiempo/espacio no podrá evitar mayores necesidades de importaciones, y eso, sumado al acceso a tecnologías modernas, presionaría nuestra capacidad de pago internacional, obligándonos a reforzar, en esa estrategia, la política de exportaciones.

En suma, existe una inequívoca y urgente necesidad de formular una estrategia para un *programa organizado y defensivo*, con las siguientes consideraciones:

- *organizado*, en el sentido de no dejar exclusivamente al mercado la “solución” de problemas económicos y sociales; para ello resulta indispensable reestructurar el Estado, a fin de retomar soberanamente, con el apoyo político de la sociedad, los destinos de la política económica y social del país;
- *defensivo*, porque todavía poseemos la mayor estructura industrial del “Tercer Mundo”, y por lo tanto aún tenemos mucho que perder –en términos de activos y de empleos– si permitimos que continúe la actual apertura desregulada y “orientada” exclusivamente por el mercado.

Para lograrlo se requiere, indudablemente, la elaboración de cuatro complejos proyectos interdependientes.

- El primero es el control de la inflación, para que no vuelva a alcanzar niveles elevados, pero que sí arbitre las pérdidas que surjan como consecuencia de políticas de estabilización, con criterios de mayor justicia social. Esa política tendrá que ser *ejecutada al mismo tiempo* que algunas de las reformas necesarias para ello, y con una *inequívoca señal de necesidades y oportunidades de inversión privada*, que reactive los mecanismos de crecimiento e impida la fuga o la reasignación especulativa de los recursos financieros hoy aplicados a activos improductivos. Será necesaria una *política de abastecimiento* específica para artículos alimenticios, cuya demanda deberá crecer fuertemente a medida que el empleo alcance niveles elevados. En prácticamente todos los demás bienes-salario (textiles, calzado y confecciones, etc.) hay capacidad ociosa, y la preocupación aquí debería ser la fiscalización de los precios.

- Segundo, una difícil “ingeniería política” para una amplia negociación nacional, que no pase sólo por los partidos políticos sino que, sobre todo, examine, discuta, negocie y promueva las ayudas posibles a la población –en particular a las clases medias y bajas– y a la economía. Dicha negociación deberá “pasar en limpio” las relaciones trabajo/capital; las de la interacción y sinergia de las empresas pequeñas, medianas y grandes; las del trípode capital extranjero/nacional público/privado; y las de los intereses y conflictos interregionales. Es preciso, por lo tanto, *repolitizar* la economía.
- El tercer proyecto comprende un amplio conjunto de *reformas estructurales* indispensables para poder llevar a cabo el “arreglo de la casa” para la formulación de políticas de corto, mediano y largo plazo. Es sumamente importante recordar que estas reformas, en su mayor parte, deben ser *implantadas simultáneamente*, pero que siempre que sea necesario algunas pueden escalonarse en secciones de corto, mediano y largo plazo, a saber:
 - *reforma del Estado*, para mayor agilización administrativa, readecuación y calificación del funcionariado público, para la reorganización del sistema nacional de planeación y para permitir la reintroducción de la capacidad selectiva de la priorización del gasto y la inversión;
 - estudiar y proponer *normas adicionales* de exportación e importación, que podrán ser creadas a través de acuerdos especiales, con amplia integración comercial con América Latina y otros países periféricos, principalmente con los otros tres países “continentales”, China, India y Rusia. Dichas normas tendrían carácter complementario entre Brasil y esos países, expandiendo el intercambio de productos cuyas ventas difícilmente podrían ingresar (o crecer) en los otros mercados;
 - resolver el *servicio de la deuda externa*, tanto para compatibilizar un presupuesto cambiario que proteja la reanudación de la inversión y del crecimiento, como –principalmente– para condicionar nuestra capacidad de amortizarla a las disponibilidades fiscales;
 - resolver la *deuda pública interna*, a fin de disciplinar las cuentas públicas y contener la presión estructural que hoy se ejerce sobre la tasa de interés. Como las tres esferas del gobierno se encuentran comprometidas en el aspecto financiero, esa resolución deberá abarcar a las tres. Para ello, resultan fundamentales una fuerte reducción de las actuales tasas reales de interés y el alargamiento de los plazos;

- una *reforma fiscal y tributaria progresiva*, que sea capaz de readecuar las cuentas públicas y los niveles regionales y locales de competencia, de simplificar el sistema tributario nacional, y de crear, en suma, las condiciones financieras requeridas por un Estado moderno, eficiente y socialmente justo. El combate a la actual guerra fiscal deberá tener prioridad;
 - una reestructuración del *sistema financiero nacional* para dificultar la especulación, fortalecer el mercado de capitales y solucionar nuestro estructural estrangulamiento del financiamiento a largo plazo;
 - *reformas sociales* (agraria, de abastecimiento, urbana, de salud pública, de previsión social, educacional y ambiental), proyectadas tanto para atender con urgencia a los problemas de los más necesitados como para alcanzar al conjunto de la sociedad, en una perspectiva a plazo más largo, ciertamente superior a un mandato presidencial;
 - una *reforma de la empresa*, para que pueda adecuarse a los nuevos requisitos administrativos, productivos y financieros y permitir mayor transparencia de sus resultados, eficiencia y papel social en una sociedad moderna y justa.
- El cuarto proyecto es el diseño estratégico del “modelo”, cuyos márgenes están definidos, por un lado, por los límites de los presupuestos cambiario y fiscal y de la capacidad interna de financiamiento, y, por el otro, por un *proceso selectivo de prioridades sociales y productivas* que responda a las premisas políticas básicas que nos proponemos.

Es bueno recordar que tendremos que asignar recursos a muchas cosas al mismo tiempo, por ejemplo: reestructuración de la infraestructura, ampliación de las exportaciones, sustitución de importaciones, modernización productiva y gastos sociales de emergencia. Sin embargo, la limitación de los recursos nos impide atender a todo y a todos al mismo tiempo.

Por esa razón, el modelo socioeconómico debería tener como premisa central prioridades selectivas para el crecimiento y la distribución del ingreso. Por lo tanto, es necesario promover una delicada “ingeniería socioeconómica” que combine el mayor número posible de áreas-problema, procurando maximizar los recursos con metas claras de *crecimiento, modernización y justicia social*.

Al priorizar áreas, el programa tendrá que diseñar proyectos específicos –ya que no hay recursos para atenderlas a todas– que abarquen segmentos *sociales, regionales y sectoriales*. Los segmentos sectoriales pueden ser los grupos de empresas que más exportan o que tienen

mayor relevancia en la producción de un sector prioritario (material de construcción, por ejemplo, para la política habitacional); los regionales tienen el objetivo de desarrollar las regiones y mantener la unidad y armonía nacional a través de la desconcentración de la actividad económica, pero considerando también el aspecto social; en cuanto a los sociales, tanto *de emergencia* –frentes de trabajo, problemas especiales de empleo, atención a indigentes– como *de carácter estructural y permanente* –a través de la reforma agraria, la distribución y el acceso a activos–, se proponen una reformulación profunda de los sistemas de salud, educación y cultura, ciencia y tecnología, para desarrollar la creatividad y asegurar mayor autonomía nacional, disminuyendo el elevado grado de dependencia tecnológica que el país tiene actualmente con respecto a las ET.

Se trata, pues, de producir *proyectos capaces de alcanzar múltiples metas*, como por ejemplo los proyectos habitacionales, que al mismo tiempo tienen efectos altamente positivos, directos e indirectos, sobre el empleo, el crecimiento y la distribución del ingreso.

En sus líneas generales (que no cabe detallar aquí), esa estrategia perseguiría las siguientes metas.

ÁREA SOCIAL: CRECIMIENTO CON DISTRIBUCIÓN. COMBATE A LA POBREZA

Sectores como la vivienda y la salud son áreas de mínimo gasto de divisas y altamente empleadoras, pero que también ejercen una fuerte demanda de recursos públicos, principalmente de financiamiento a largo plazo. No es posible dejar de considerar aquí la reforma agraria, tanto por los menores recursos que requiere como por su menor inversión por empleo generado. Una parte importante de esos recursos podría provenir de una competente y responsable ingeniería financiera con fondos de previsión y fundada en títulos de deuda pública. El uso más responsable de otros fondos públicos, como los del FAT, reforzaría esos programas en forma significativa.

La reformulación de la salud y educación públicas incluirá como metas la urgente erradicación del analfabetismo y la universalización, o por lo menos una cobertura mucho mayor, de ambos servicios. Será preciso instaurar programas del tipo ingreso mínimo, con previsión de una gradual reducción a largo plazo, en función del crecimiento del empleo, la subsecuente mejora de los salarios, una política tributaria menos regresiva y el aumento de la oferta de bienes-salario a costos y precios menores. Una de las políticas de empleo de emergencia consistirá en el uso intensivo de mano de obra en obras públicas y su mantenimiento, y esa modalidad deberá ser objeto de una negociación entre las distintas esferas del poder público, condicionada por las fuentes proveedoras de recursos. Deberá establecerse un gradual aumento real del salario mínimo.

INFRAESTRUCTURA

En las primeras etapas no podrán hacerse inversiones masivas en pocos sectores, sino, por el contrario, una distribución multisectorial de gastos capaz de atenuar la actual carencia y el deterioro de algunas áreas, haciéndolas gradualmente aptas para apoyar la modernización, las exportaciones y la reanudación del crecimiento⁷. Es un área de alta relación capital/producto, pero varios de sus segmentos pueden ser producidos (y mantenidos) con un uso más intenso del trabajo y menos capital, siendo así también altamente empleadores. Teniendo presente que será necesario profundizar nuestra inserción comercial en América Latina, parte de nuestros proyectos –a ejecutar a más largo plazo– deberá tener presente ese objetivo.

MODERNIZACIÓN PRODUCTIVA

El carácter selectivo (prioridad estratégica) deberá ser usado aquí con más rigor, dado que la mayoría de los sectores del aparato productivo precisarían ser modernizados. La selectividad deberá contemplar algunas áreas prioritarias, como las más aptas para mantener y/o expandir exportaciones para las que estamos capacitados hoy; desarrollar segmentos productivos de *high tech* (para el mercado interno y la diversificación de las exportaciones); eliminar “cuellos de botella” en la infraestructura y el área social.

La reestructuración de cadenas productivas parcialmente destruidas por las políticas de privatización y de apertura deberá ser objeto de programación especial, teniendo en vista no sólo el crecimiento y el ahorro de divisas en las importaciones, sino también la recomposición de la estructura productiva.

CONSIDERACIONES SOBRE POSIBILIDADES DE EXPANDIR LAS EXPORTACIONES

La necesidad de aumentar nuestras exportaciones está implícita en cualquier estrategia que pueda diseñarse y ejecutarse en Brasil, ante todo frente a la vulnerabilidad externa, y sólo como complemento del crecimiento económico, ya que apenas componen alrededor del 10% del PIB. Es bueno recordar que nuestra participación en las exportaciones mundiales, que era de alrededor del 2% en la década del cincuenta, cayó vertiginosamente a partir de la década siguiente, y entre 1958 y

7 La cuestión del apoyo de nueva infraestructura para las exportaciones de productos básicos, tipo “corredores de exportación” o “grandes ejes”, tendrá que pasar por una reformulación objetiva y responsable, en función de las prioridades que se fijen para las exportaciones.

2002 se ubicó entre un 0,9 y un 1%. En ese período, nuestra pauta se diversificó, pero en los últimos veinte años hemos mantenido una participación de apenas alrededor del 55% de productos manufacturados sobre el total. En relación con este tema, un trabajo reciente muestra que entre 1900-1904 y 1996-2000 los precios relativos de los productos básicos cayeron, según varios índices, entre un 50 y un 60%⁸.

Dada la diversidad de los problemas que afectan a los diferentes segmentos de exportación, es necesario estudiarlos por separado. Las dificultades de todo orden con las que tropezamos al tratar de ampliar y diversificar las exportaciones exigen una reflexión profunda sobre la economía internacional, y estas notas intentan dar algunos pasos iniciales en ese sentido. Además, entiendo que es de necesidad inmediata una decidida reformulación de nuestra estructura institucional externa, que dote a sus órganos de los recursos y equipos técnicos suficientes y de una nueva actitud de política exterior, exigiendo y haciendo cumplir el papel que nos corresponde en el escenario internacional.

No sólo debemos implantar modificaciones arancelarias y del control de cambios y flujos de capital, sino también una política de incentivos y regulación de las empresas de capital extranjero que, entre otras medidas, proponga condiciones del siguiente tipo: para cada dólar gastado en importaciones es preciso generar dos de exportaciones; para las ganancias remitidas y no reinvertidas deben generarse (determinada proporción de) recursos externos, ya sea en crédito o en exportaciones.

La multilateralización de las negociaciones del comercio internacional, antes por el GATT y hoy por la OMC, es un arma de doble filo para países subdesarrollados como Brasil, que avanzaron más por la industrialización. Por un lado, es verdad que simplificó las negociaciones y les dio una mayor organicidad, intentando evitar –formalmente– las discriminaciones aisladas. Sin embargo, lo que se ve a lo largo de su existencia es que la fuerte presencia de los mayores países líderes en esa institución o sus acciones específicas (aisladas como las de EE.UU., o colectivas como las de la UE) siempre inclinan la balanza hacia una mayor atención a sus intereses.

Además de esto, la exigencia tanto en la OMC como en el ALCA de negociar la liberalización de los servicios y regular el uso de la propiedad intelectual y las inversiones constituye el *talón de Aquiles* para la preservación de nuestra soberanía nacional. Evidentemente, aceptar esas condiciones responderá sólo a los intereses de los países desarrollados, en detrimento de nuestro desarrollo.

Tales acciones pueden tomarse a la luz de acuerdos específicos o de las grandes negociaciones temporarias. Pero también adoptan la

⁸ Sobre esta cuestión, ver Ocampo y Parra (2003).

forma de acuerdos parciales, como aquellos para la contención de cuotas “voluntarias” –bastante practicados por EE.UU. con algunos de sus principales proveedores–, de represalias amenazadas o efectivas (siempre por los países líderes, por supuesto) o de embargos unilaterales, como el impuesto a Cuba por EE.UU., vinculante incluso para subsidiarias de empresas estadounidenses ubicadas en otros países.

De todas formas, es con los bloques –institucionales (como la UE) o no (como el de Japón o EE.UU. antes del TLCAN)– que esos controles, concesiones especiales o discriminaciones se han multiplicado. Entre los casos actuales más clamorosos están la política agraria proteccionista de la UE y la específica “liberalización” comercial concedida por EE.UU. a China, que de hecho discrimina y desplaza exportaciones de manufacturas tradicionales de otros países subdesarrollados.

Las experiencias de integración latinoamericana (desde 1961 con la ALALC) muestran que la diversidad de situaciones estructurales, políticas económicas e inestabilidades macroeconómicas de sus principales países constituye un impedimento serio para una integración plena. No es difícil percibir que la propuesta de conformar un mercado para todo el continente americano no tiene fundamento, a menos que nos convirtamos –todos los países que de alguna manera ambicionaron alguna vez industrializarse– en verdaderas plataformas de exportación, en productores de *nichos*, en *maquiladoras* en gran escala, pero nunca en países desarrollados. Y eso a pesar de que EE.UU. continúa siendo el principal mercado externo individual para Brasil.

La integración de los países del llamado Cono Sur empieza en 1985-1986 con los acuerdos sectoriales y temáticos firmados entre Brasil y Argentina, cuya propuesta general era alcanzar un fortalecimiento político de los principales deudores (incluyendo a México) ante los bancos acreedores y ampliar un área de libre comercio entre ambos. Sin embargo, el ascenso de dos presidentes neoliberales (Menem y Collor) precipitó la idea voluntarista y poco analizada de constituir de inmediato un *mercado común* entre ellos, incluyendo a Paraguay y Uruguay. El anterior plazo de diez años para alcanzar la integración fue reducido a cuatro, tiempo diminuto si tomamos el ejemplo de la UE, que en 1986, al proponer el proyecto del *mercado único*, ya acumulaba una experiencia de 34 años de integración evolutiva.

En el MERCOSUR todo esto se hizo sin contar siquiera con estudios sectoriales nacionales capaces de aquilatar, por lo menos, las diferencias específicas de productividad, costos, competitividad, salarios, estructuras tributarias, etc. Sin embargo, peor incluso es la decisión sobre la armonización de las políticas macroeconómicas, como si fuera posible armonizar el “chaleco de fuerza” cambiario y monetario argentino con el cambio devaluado de Brasil (excepto entre julio de 1994 y diciembre de 1998, y marzo de 2003 y la actualidad).

Brasil tiene un esqueleto industrial bastante completo y Argentina uno semidestruido, mientras que los otros dos países del bloque tienen una industrialización incipiente. Por eso, y por las dimensiones del mercado en sus tres países socios, Brasil no puede encontrar en el MERCOSUR ni la integración ni el mercado que su industria necesita. Incluso por el lado de la industria agropecuaria, las desventajas brasileñas no han sido suficientemente comparadas con las productividades argentinas, y eso nos causa serios problemas de competencia, al menos en lo que respecta a soja, carnes, cueros, leche, frutas y la agroindustria de esos productos.

Por tales razones es necesario no sólo reflexionar más y mejor sobre el MERCOSUR, sino también estudiar con profundidad y seriedad nuestras posibilidades de reorientación comercial parcial, incluyendo más activamente al resto de América Latina y proponiendo negociaciones más amplias con los mercados de Europa Oriental, la ex URSS, India y China.

La hipótesis es que con ellos podríamos formar un sistema “paralelo” de intercambio de bienes y servicios que gradualmente dejarán de ser producidos en los países desarrollados, en los términos de la Segunda Revolución Industrial, por desaparecer la producción de algunos de ellos o modificarse la forma tecnológica de producirlos. Es claro que esos nuevos acuerdos contemplarían también bienes tradicionales, como los básicos, y cada vez más productos de mayor valor agregado. Obviamente eso no excluye la participación de todos esos países en el sistema de intercambio actual (lo que no tendría sentido), del que además deberían obtener el financiamiento (o *surplus*) necesario para compatibilizar los intercambios en el sistema “paralelo”. Ese sistema, naturalmente, tendría una larga vida (pero extingible), a menos que las condiciones internacionales cambien radicalmente, cosa poco probable a mediano plazo.

Ello permitiría a esos países mantener la mayor parte de sus actuales estructuras productivas y evitar su destrucción, modernizándolas en una cronología adecuada a sus disponibilidades dinámicas de recursos. Mientras tanto, sus necesidades de insumos y bienes de capital serían cubiertas en ese sistema “paralelo”. La principal razón para ello es que una modernización más intensa y rápida es cambiaria y financieramente imposible para esos países. Optar por la destrucción rápida de activos significaría declarar como chatarra a mucha capacidad productiva, destruyendo medios de producción que todavía son capaces de atender necesidades humanas.

Por otro lado, la enorme destrucción de activos que países como los del este de Europa, la ex URSS, China, India, Brasil y otros tendrían que hacer ante la “necesidad” de una entrada inmediata a la Tercera Revolución Industrial simplemente no tiene sentido. Mucho menos considerando el flagelo en que se ha convertido la cuestión del desempleo tecnológico, que ha multiplicado más aún la pobreza y la miseria en esos países.

La propuesta expresada más arriba no es irreal, pero implica negociaciones difíciles y la formulación de estrategias nacionales de desarrollo, eso sí, un poco “fuera de moda” para el gusto neoliberal. Lo que me lleva a formularla es justamente la magnitud del tiempo requerido para la asimilación histórica de las grandes transformaciones productivas, y lo que eso representa en términos de un nuevo alejamiento de los niveles mundiales de riqueza y miseria. En verdad, las naciones subdesarrolladas no tendrán mucha oportunidad de escoger si optan ciegamente por el camino de la *pseudomodernidad*. Por otro lado, países como Brasil, India, China y la ex URSS, por sus dimensiones económicas, capacidad, conocimientos técnicos acumulados y dotación de recursos, podrían encabezar el nuevo proceso, promoviendo una integración complementaria (lo que llamé sistema “paralelo” de intercambio) con muchos países subdesarrollados.

La cuestión de las exportaciones de productos de la Tercera Revolución Industrial no tendría mayores dificultades, siempre que aceptáramos las reglas de juego de los países líderes, es decir, abdicar de la industrialización soberana y dirigir su estructura productiva por los dictados de las ET. Lo difícil será mantener la soberanía y dirigir nuestra industrialización y nuestras exportaciones mediante negociaciones. Pero por más difícil que eso pueda llegar a ser, es el camino que debemos procurar constantemente, puesto que no hay otro, ya que la violenta reconcentración del capital hecha por las transnacionales reconcentró también la tecnología, el mercado y las finanzas internacionales, alterando (para peor, en nuestro caso) las estructuras del poder económico internacional.

Si las observaciones contenidas en estas “conclusiones” son correctas, pienso que la idea de formular una estrategia alternativa para Brasil, en los moldes aquí propuestos, no sólo queda reforzada sino que se vuelve impostergable. Es a esa tarea que debemos dedicar nuestros mayores esfuerzos. Pero adviértase que estas propuestas no implican un “simple regreso a la década de 1930”, sino, por el contrario, algo nuevo y moderno, con la connotación humana que la palabra progreso debe contener.

Veamos ahora, en forma resumida, algunas cuestiones relevantes que pueden oponerse a la expansión de nuestras exportaciones, según las principales clases de productos.

PRODUCTOS AGROPECUARIOS

Para este sector, la demanda (entre 1974 y 2002) cayó cerca del 30% en los precios y no se espera ninguna recuperación importante. Las previsiones mundiales indican un bajo crecimiento anual de las cantidades, entre el 1 y el 2%, y entre el 2,5 y el 3,5% para los casos especiales del trigo y la soja. En el caso brasileño, las exportaciones agropecuarias han

tenido una expansión acentuada (especialmente la soja y derivados y las carnes), abarcando cerca del 30% del total de exportaciones. Sin embargo, un estudio reciente muestra que, a pesar de esa expansión, apenas el 11,36% de nuestras exportaciones agropecuarias (en bruto y manufacturadas) gozan de una situación que pueda calificarse como “óptima”: son productos con alta expansión en las importaciones mundiales y Brasil ha aumentado su participación en ese mercado. Del resto, el 9,64% son “oportunidades perdidas” (cuando las importaciones mundiales crecen y nuestra participación disminuye); el 15,28% constituyen “retrocesos” (declinan las importaciones mundiales y también nuestra participación); y el 63,72% restante está en “situación de vulnerabilidad” (nuestra participación aumenta en productos cuya participación en las importaciones mundiales disminuye) (Carvalho, 2002: 55-69).

Dada la situación internacional, no sólo debemos estar atentos a eventuales tropiezos, sino también explorar las pocas oportunidades que puedan surgir. Por ejemplo, la desestructuración de las economías antes socialistas y su eventual ingreso a la Unión Europea generarán restricciones a sus importaciones y aumento de sus exportaciones dentro de la propia UE.

China, por el contrario, atraviesa una larga fase de alto crecimiento industrial y urbano, pero su agricultura enfrenta problemas serios, como erosión, escasez de agua en varias regiones y disponibilidad restringida de tierras cultivables e irrigables. Tiene una participación elevada en la producción o en el consumo mundial de muchos productos (del 35 al 40% en el arroz, 25% en el algodón, 19% en el trigo, 12% en cereales secundarios, 9% en aceites vegetales, tortas, raciones, etc.). Su política de autosuficiencia de 1965 a 1990 tuvo un éxito total –de alrededor del 100%– en varios productos (granos con excepción del trigo, arroz, azúcar, carne y lácteos), y fracasó en otros, que retrocedieron, como la lana (52%) y el algodón (80%). Así, China puede representar un vector importante de importaciones de esos productos.

En este contexto, apostar a un modelo “impulsado por las exportaciones” de esos productos, lo que además exigiría inversiones adicionales en infraestructura, es por lo menos temerario.

PRODUCTOS MINERALES (EXCLUYENDO ENERGÉTICOS)

Con excepción del gas y el petróleo, las series históricas muestran un pronunciado debilitamiento de la demanda mundial de la mayoría de esos productos, tanto por la caída del ritmo de crecimiento mundial como, principalmente, por la sustitución que vienen teniendo por otros productos más modernos.

La siguiente tabla nos obliga a llamar la atención sobre varios hechos. Obsérvese que entre 1950 y 1975, mientras que el consumo

aparente de EE.UU. ya mostraba una fuerte inflexión, la producción mundial todavía presentaba tasas altas para los cuatro productos señalados. Esto se debe a la notable expansión económica vivida por los demás países desarrollados –fue la llamada “edad de oro”– y a la última y fuerte expansión industrial diversificada del Tercer Mundo. Sin embargo, la crisis y la reestructuración productiva y tecnológica que estamos viviendo en los últimos 25 años muestran claramente la tendencia depresiva tanto del consumo aparente como de la producción mundial. Nótese además que es el crecimiento veloz de China, Corea del Sur e India lo que todavía posibilita tasas positivas, debido a su retraso en el proceso de industrialización.

Tabla 1
Tasas promedio anuales de crecimiento del consumo aparente (EE.UU.)
y de la producción mundial (en %)

	Aluminio		Cobre		Mineral de hierro		Acero	
	EE.UU.	Mundo	EE.UU.	Mundo	EE.UU.	Mundo	EE.UU.*	Mundo
1900-1920	19,13	15,67	7,00	3,36	4,56	1,65**	4,88	4,82
1920-1950	8,46	8,61	2,48	3,08	1,49	2,92	2,04	3,26
1950-1975	5,77	8,74	1,61***	4,56	0,14	4,58	0,79	5,00
1975-2000	3,06	2,78	1,78	-2,42	1,93	0,65	-1,15	1,11

Fuente: Elaboración en base a US Geological Survey y *Steel Statistical Yearbook* (2004).

* Se refiere al consumo de “pig iron”.

** Tasa promedio de 1904-1920.

*** Tasa promedio de 1950-1976/1977.

Cabe agregar también que las menores tasas de crecimiento de la demanda y el efecto de sustitución por otros productos provocan una larga depresión de los precios de la mayoría de los minerales metálicos. En el mercado de EE.UU., entre 1900 y 1950 los precios reales habían sufrido caídas pronunciadas, y entre 1950 y 2000 continuaron cayendo, con cifras de -25 a -45%⁹.

PRODUCTOS MANUFACTURADOS

La crisis internacional, la reestructuración productiva y las “nuevas” barreras comerciales de los países de la OCDE redujeron mucho el alto crecimiento anterior de nuestras exportaciones, haciendo que nuestra participación en el mercado mundial cayera (a 0,6% en textiles/con-

⁹ Según datos de US Geological Survey, en el período 1950-2000 los precios promedio reales en el mercado de EE.UU. para aluminio, cobre y hierro cayeron entre el 25 y el 40%. Ver <www.usgs.org>.

fecciones y 6,7% en calzado). En los mercados tradicionales perdimos terreno, tanto por las altas exportaciones de esos países (un 55% de las exportaciones totales de textiles y confecciones y un 45% de las de calzados), como por el avance de las asiáticas, con China, Hong Kong y Corea cubriendo más del 30% de las exportaciones de textiles y confecciones en 1990. China expandiría además sus exportaciones no tradicionales, ampliando y haciendo más complejas y difíciles las negociaciones internacionales, dada la dimensión mundial de su oferta y demanda. Para nosotros, la modernización selectiva es imprescindible, puesto que ya no será posible exportar mayores cantidades sólo en base a trabajo más barato y uso intensivo de recursos naturales.

Las *commodities industriales* sufren altos costos energéticos y ambientales y sustitución tecnológica: la demanda mundial de productos *siderúrgicos* y *no ferrosos* continuará presentando tasas menores de crecimiento y precios bajos. Para la *pasta de celulosa* la competencia aumentó, debido a la expansión de la capacidad productiva de países subdesarrollados. Como tenemos competitividad en ese segmento (25% del total de nuestras exportaciones), todavía podremos mantener nuestra participación en el mercado, a pesar de las restricciones ya mencionadas de los países desarrollados.

El *material de transporte*, con alta participación en la pauta, tiene un problema más delicado, dada la enorme dependencia que tenemos de las decisiones de sus transnacionales, sobre todo en el área del MERCOSUR. Esto ocurre también con los productos *high tech*. Otros, como los *químicos* y *mecánicos*, todavía pueden ser objeto de negociaciones especiales (el circuito comercial *paralelo*) con países subdesarrollados.

SERVICIOS

Sus exportaciones implicarán negociaciones duras, disminuyendo nuestras posibilidades –si todavía tenemos condiciones para competir– de exportar servicios de ingeniería pesada, y obligándonos a continuar importando gran parte de los de *high tech*, además de los financieros, de transporte y otros.

BIBLIOGRAFÍA

- Cano, Wilson 1992 “Uma alternativa não neoliberal para a economia” en
Cano, Wilson *São Paulo no limiar do século XXI* (São Paulo: F. Seade)
Vol. I.
- Cano, Wilson 1995 *Reflexões sobre o Brasil e a nova (des)ordem internacional* (Campinas: UNICAMP).

- Cano, Wilson 2000 *Soberania e política econômica na América Latina* (UNESP/UNICAMP).
- Cano, Wilson 2002 “Questão regional e política econômica nacional” en Castro, A. C. (ed.) *BNDES: painéis sobre o desenvolvimento brasileiro* (Rio de Janeiro: BNDES) Vol. 3.
- Carvalho, M. A. de 2002 “Comércio agrícola e vulnerabilidade externa brasileira” en *Agricultura em São Paulo* (São Paulo: Secretaria de Agricultura/Instituto de Economía Agrícola) N° 49.
- Fiori, J. L. (ed.) 1999 *Estados e moedas no desenvolvimento das nações* (Petropolis: Vozes).
- Ocampo, J. A. y Parra, M. A. 2003 “Los términos de intercambio de los productos básicos en el siglo XX” en *Revista de la Cepal* (Santiago de Chile: CEPAL) N° 79, abril.
- Prado, S. y Cavalcanti, E. G. 2000 *A guerra fiscal no Brasil* (São Paulo/Brasília: FUNDAP/IPEA).
- Teoria e Debate* 2000 N° 45, julio-septiembre.